

las casas particulares, responde en estos términos : « Las mismas razones, por las cuales no es lícito usar de vasos profanos en el Santuario, prohíben celebrar los santos Misterios en las casas particulares. En el antiguo Testamento no lo permitía Dios, y Jesucristo dice : *Aquí está el que es mayor que el templo* ¹. Lo cual nos enseña que no debemos deshonorar la Cena del Señor, recibéndola en nuestras casas, á no ser en caso de absoluta necesidad, y aún en este caso debe escogerse un lugar decente y cual conviene á la santidad de este misterio. »

2º Pregunta el Santo, con que plenitud de fé y de celo deben recibirse el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, y responde : 1º Que el Apóstol nos enseña con cuanto temor debemos acercarnos á la sagrada Mesa, cuando dice : *El que come y bebe indignamente, come y bebe su propio juicio* ². 2º Nuestro espíritu debe estar plenamente convencido de la verdad de este misterio, creyendo firmemente las palabras de Jesucristo, que dice : *Este es mi cuerpo, que ha sido entregado por vosotros : haced esto en mi memoria*. 3º Cuando el alma ha creído estas palabras y otras semejantes de las sagradas Escrituras, conoce de una parte la grandeza y la majestad de la gloria de Dios, y admira por otra los excesos de humildad y obediencia que prestó Jesucristo á su eterna Padre, entregándose á la muerte para darnos la vida, y me persuado que esta consideración la lleva á abrazarse de caridad para con el Padre, que ha entregado á la muerte á su propio Hijo, y á encenderse en amor por Jesucristo, que se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz para librarnos y salvarnos. « Hé aquí cual debe ser la disposición y la preparación del que quiere participar del cuerpo y sangre de Jesucristo. »

¹ Math. xii, 6.

² I Cor. xi, 29.

CONTINUACIÓN DE LA MISMA MATERIA

Vamos á resumir en este capítulo algunos otros puntos de la disciplina que se observaba en los monasterios de san Basilio, y despues daremos una idea de las virtudes religiosas, de que trata más extensamente en muchos pasajes de sus *Ascéticas*.

1º DEL HABITO RELIGIOSO. — « Debemos, dice, practicar la humildad en la manera de vestirnos, así como esta virtud nos inspira la sobriedad y mortificación en el alimento. El estado que hemos abrazado nos enseña á rebajarnos á los demás. Es preciso, pues, poner nuestra gloria en vestirnos más pobremente que los demás ; porque el que por la profesión de la humildad se reduce al último rango, debe ser el último en la manera de vestirse. El apóstol san Pablo dice : *no blasonando de cosas altas, sino acomodándoos á los humildes* ¹. ¿ A quienes, pues, debemos asemejarnos ? ¿ á los que viven en las cosas de los reyes y en los palacios, á los que visten con lujo y ostentación, ó al precursor de Jesucristo ? Los antiguos profetas estaban cubiertos de pieles, y san Pablo nos enseña, que, *teniendo con que sostenernos y con que cubrirnos, contentémonos con esto* ² » con lo cual nos demuestra que sólo tenemos necesidad de cubrirnos, y que la diversidad de vestidos y de adornos no sirve más que para satisfacer el lujo. Así es que en un principio no dió el Señor otros vestidos á los hombres, que pieles de animales. Pero como al mismo tiempo necesitamos los vestidos para preservarnos del frio, preciso es que llenen estas dos condiciones : que

¹ Rom. xii, 16.

² I Tim. vi, 8.

por una parte nos cubran, y que por otra, nos preserven de las inclemencias del tiempo ».

« Como hay vestidos que sirven para muchos usos, y otros que no son de tanta comodidad, justo es que se prefieran los más útiles, y que revelen más perfecta pobreza. Porque, ¿ para que sirve tener unos hábitos para pura ostentación, y otros para el uso doméstico? ¿ Para qué unos para el día, y otros para la noche? Por lo tanto, es preciso tenerlos de tal manera, que puedan servir para todos usos, y que cubriéndonos de día, nos sirvan de abrigo durante la noche. »

« Todos debemos estar vestidos de la misma manera, con la misma sencillez y pobreza, para que por la forma de nuestros vestidos, se conozca la profesión que hemos abrazado. Además de la ventaja de la uniformidad, servirá esto para que todos se edifiquen con la santidad de nuestro vida, y aún los más negligentes, á pesar suyo, servirán de edificación á los demás. »

« Lo mismo que de los vestidos, debe decirse del calzado, de manera que se halle reducido al uso y necesidad, sin ninguna vanidad ni superfluidad. Los santos que nos han precedido en la vida religiosa, nos han enseñado también con su ejemplo el uso de la correa ó ceñidor. Elías lo usó, así como el Bautista y los Apóstoles. No es necesario, por último, hablar del número de hábitos, pues escrito está, que el que tenga dos, dé uno al que de él carezca. »

2º DE LAS AUSTERIDADES CORPORALES. — « La vida de los religiosos es una vida laboriosa y mortificadas. Los ayunos, las vigiliias, el trabajo manual, y muchas prácticas necesarias para domar la carne y someterla al espíritu, eran sus ejercicios cotidianos. Un solitario era un hombre de penitencia, que no daba á su cuerpo, sino con gran pena, lo que no podía rehusarle sin destruirlo, y que no vivía, por de-

cirlo así, sino para el espíritu. » Quería, sin embargo, san Basilio que se usase de discreción en las maceraciones corporales, no sea que, entregándose á ellas con excesivo celo, se pasasen los límites de la moderación. « Para observar las verdaderas reglas de una prudente templanza, dice, es necesario no buscar las delicias, pero no abatir tampoco el cuerpo con excesivas mortificaciones. Evitemos ambos excesos, para que de una parte el cuerpo demasiado halagado no turbe al alma, y para que por otra, un rigor desmedido no nos imposibilite para ejecutar los mandamientos divinos: pues tanto perjuicio sufre el alma, cuando no se halla sometida la carne, como cuando el cuerpo se halla tan abatido por las austeridades, que queda sin movimiento ni acción. El dolor que éste sufre obliga al alma á inclinarse á la tierra para socorrerlo, y la impide elevarse á la contemplación de las cosas celestes. » Los solitarios de Oriente no usaban en todas partes el mismo género de alimentación. Muchos no se sostenían más que con pan y agua: otros añadian sal y yerbas saladas, y otros, frutos y peces. San Basilio no determina la clase de alimentos á sus religiosos; pero insiste mucho en su cantidad. Con respecto á la cualidad, dice en sus Constituciones que los verdaderos solitarios no deben sustentarse más que con alimentos secos y poco nutritivos. Habla también del uso del aceite y de los pescados salados, pero siempre en corta cantidad, y no quería que ninguno se privase de comer, cuando se les presentasen otros alimentos, no sea que, por singularidad, se turbase el orden de la comunidad. » No haya dificultad, dice, en mezclar el pan con el caldo de este pequeño trozo de pescado salado, sino hágase con acción de gracias, pues estando cocido con tanta cantidad de agua y de legumbres, nadie podrá tacharlo de delicadeza, sino ántes por el contrario, lo considerará una verdadera austeridad propia de solitarios. Obrar de otra

manera, sería echar por tierra la disciplina común del monasterio, y dar motivo de escándalo.

Acerca de la cualidad de los alimentos dá un excelente consejo que demuestra cuánto interes tenía en que sus religiosos practicasen la templanza y la pobreza. « Al tomar el alimento, dice, no debemos proponernos satisfacer el paladar, sino sólomente conservar la vida, y para ello es preciso usar de alimentos que no nos proporcionen excesivo trabajo y cuidado, y de ello nos ha dado ejemplo el mismo Jesucristo, no distribuyendo al pueblo que le seguía, ávido de escuchar su divina palabra en el desierto, más que algunos panes de cebada y peces, que multiplicó milagrosamente. Preciso es, por lo tanto, usar aquellos alimentos que son más fáciles de condimentar, que son más comunes en el país, que cuestan ménos, y que son más propios para muchas personas, no haciendo más provisiones que las necesarias para la vida, como el aceite y otras cosas semejantes, así como también las que sean necesarias para los enfermos: Pero el uso de estos manjares debe excluir todo desasosiego, toda curiosidad y toda turbación. »

Quiere el mismo Santo que el superior regule la cantidad de los alimentos con prudencia y caridad. « Como quiera, dice, que pueden hacerse diferentes usos de los alimentos, según la diversidad de edades y de profesiones, y según la disposición corporal de cada uno, no puede ser una misma la cantidad para todos. Por esta razón se deja á la discreción de los superiores el regular esta cantidad, según las diferentes condiciones de los que están bajo su dirección. En su consecuencia, ordenarán la clase de manjares que se han de dar á los enfermos, ó á los que se hallan fatigados por rudos trabajos, así como á los que hayan de hacer algún viaje. Regularán, pues, todas estas cosas según la necesidad de cada uno. »

Dice el Santo en sus reglas: 1º que tanto los que bus-

can más la delicadeza de los alimentos que su cantidad, como los que, por saciarse, buscan más la cantidad que la cualidad, se hallan espiritualmente enfermos, los unos por apego al placer, y los otros por excesiva avidez; 2º que los que murmuran de los alimentos cometen la misma falta que los que murmuraban de Moisés en el desierto; 3º que todo religioso que pide encolerizado las cosas que necesita, debe ser privado de ellas por el superior, á fin de que se cure la cólera, que pone su alma en gran necesidad de virtud; 4º que si un religioso que ha trabajado mucho, pide algo más de lo ordinario, debe esperar la recompensa más bien de Dios que de las criaturas, pues sólomente á él ha de dirigir sus acciones. « Esto no impide, sin embargo, añade, que el que está encargado de proveer á las necesidades de los religiosos, ponga una atención especial en los que sufren un penoso trabajo. » 5º Reprende muy severamente á los que buscan alimentos distintos de los que se ponen á la demás religiosos, y en cuanto á los que dicen que lo que se les dá es contrario á su salud, y se afligen porque no se les dé otra cosa, dice que no parecen hallarse penetrados de la caridad del que tiene el cuidado de atender á las necesidades de todos y á las suyas en particular, y que deben tener confianza en él, pues está expresamente encargado de la salud de todos los religiosos.

Se leía durante la comida, y queriendo el santo Doctor enseñar á sus religiosos el espíritu de piedad con que habían oír esta lectura, decía que debían encontrar más placer en ella que en los alimentos, á fin de que el alma no se disipase con las satisfacciones del cuerpo. Ésta es precisamente una de las razones por las que quería el Santo que todos comiesen juntos, además de que el buen órden así lo exigía. Acerca de este punto pregunta, como debía tratarse á los que faltaban á este acto de comunidad, y responde que, si algún religioso llegaba más tarde por

estar muy léjos el lugar en que se hallaba ocupado, ó por no haber podido dejar la obra que estaba haciendo, tenía una causa legítima de dispensa; pero si no asistía por negligencia, debía dejársele en ayunas hasta el día siguiente.

Una de las grandes reglas prescribe la manera de recibir á los extraños á la mesa, por lo cual merece ser expuesta. No puede dudarse que san Basilio quería que se recibiese á los huéspedes con grande caridad; pero, como era enemigo de la ostentación y de la superfluidad, recomendaba que se recibiesen como convenía á personas que hacían profesión de pobreza y templanza.

« Cuando se presente algún extraño á quien sea preciso dar hospitalidad, dice, si es religioso, encontrará en nuestra casa la misma mesa y todo lo que haya dejado en su monasterio; pero si se halla fatigado del camino, se le dará algún alivio. Más si es una persona del mundo, es preciso que conozca nuestro género de vida, que nuestra sobriedad le sirva de ejemplo, y que salga edificado de nuestra pobreza y de nuestra mortificación. Si en lugar de impresionarse con este género de vida, se mofa de ella, no nos importunará otra vez. » Estas últimas palabras son muy notables, así como muy sabia toda esta regla.

Puede decirse que los solitarios ayunan constantemente, puesto que no hacen más que una comida al día, y ésta por la tarde y con tanta frugalidad, que en vez de satisfacer al cuerpo, sólo servía para sostenerle. San Basilio recomienda mucho la templanza y el ayuno á sus religiosos, proponiéndoles el ejemplo de los justos de la ley antigua, el de nuestro Señor Jesucristo y el de todos los Santos, « que han recibido, dice, un testimonio glorioso de su templanza, y cuya vida mortificada debe alentarnos á imitarles. » No recomienda menos las vigílias como una de las principales prácticas de los religiosos. Y, en efecto, no sólo interrumpen su sueño en medio de la noche para can-

tar las alabanzas divinas, sino que se levantan muy temprano para continuar el mismo ejercicio, y nunca les sorprende la aurora en su lecho, como hemos dicho en otras partes.

Sin embargo, el Santo que era un modelo de discreción, y que no ignoraba cuán necesaria es esta virtud en los ejercicios laboriosos del cuerpo, no quería que ningunos de sus religiosos, por su propio consejo, ayunase, ni velase más que los demás, « pues todo, dice, lo que hace un hombre por el movimiento de su propia voluntad, es una acción que carece de mérito, y se halla muy distante de la sólida piedad. Si alguno cree deber hacer más que los demás, tanto en el ayuno, como en las vigílias ó en cualquiera otra obra de piedad, descubra su deseo al superior de la comunidad, y confórmese á lo que éste determine. »

Quiere el Santo que los religiosos ayunen voluntariamente y no por temor; pero al mismo tiempo reprende á los que, por haber ayunado excesivamente, se ven obligados á usar manjares diferentes de los que se dan á la comunidad; porque es mejor seguir la regla común, que tener que usar una particular, bajo pretexto de más rigurosa mortificación.

3º DE LA CORRECCIÓN Y DE LAS PENITENCIAS. — Después de instruir san Basilio á los superiores de sus monasterios de la obligación en que se hallan de reprender á los que faltan á sus deberes, si no quieren hacerse cómplices de sus faltas por una débil complacencia y por su silencio, explica como deben usar de la corrección: « No obre jamás el superior, dice, por pasión cuando se vea obligado á corregir á sus religiosos, pues entónces, léjos de curar sus faltas, comete él mismo una muy grande. »

Imite el superior en sus correcciones á los médicos, que nunca se encolerizan con los enfermos, sino que combaten la enfermedad, sirviéndose de cosas contrarias á los

males de que los ven afligidos, y aplicándoles, cuando la necesidad lo exige, remedios fuertes y enteramente opuestos á sus malas disposiciones. Por ejemplo, si se trata de curar la vana gloria, les prescribirá acciones de profunda humildad; si son propensos á discursos inútiles, les ordenará el silencio; si duermen excesivamente, les mandará que pasen la noche en vigilia y en oración; si son dados á la pereza, les hará trabajar mucho; si comen con destemplanza, les impedirá ayunos; si se entregan á la murmuración, los separará de la compañía de los demás religiosos, sin permitirles que trabajen con ninguno de ellos, hasta que se hallen suficientemente corregidos.

Después de esta regla, señala el Santo las condiciones en que ha de recibirse la corrección y la penitencia. Esta instrucción debe estar profundamente grabada en el corazón de las personas religiosas, y su práctica es muy eficaz para enmendar las faltas, y perseverar en la observancia regular. « Así como hemos demostrado, dice, que el superior está obligado á la curación espiritual de los enfermos, sin dejarse llevar de ningún movimiento de pasión, así estos enfermos están obligados á no recibir la corrección, como si ésta fuese un acto de hostilidad contra ellos, y á no atribuir á un dominio tiránico lo que es efecto de una tierna compasión y de un verdadero interés de los superiores por su salvación. ¿ No sería vergonzoso que, mientras que los que se hallan afligidos por una enfermedad corporal, tienen tanta confianza en sus médicos y los honran como á bienhechores, aunque empleen medios violentos para su curación, estuviésemos nosotros mal prevenidos contra nuestros médicos espirituales? *Si yo os contristo*, decía el apóstol san Pablo á los fieles de Corinto, *¿ quién es el que me alegrará, sino el que es contristado por mí ?... Porque por la mucha aflixión y angustia de corazón, y con muchas lágrimas os escribí, no para que fueseis contrista-*

dos, sino para que supiéseis cuanto más amor tengo para con vosotros. « Así pues, un religioso que considera atentamente las cosas, debe mirar como á un verdadero bienhechor al que excita en su corazón un dolor santo y saludable. »

4º DE LA CONDUCTA QUE DEBE OBSERVARSE PARA CON LOS DEMÁS. — Sobre este particular dá san Basilio las siguientes reglas. « No prestéis oídos á todos los que os hablen, y cuyas inútiles conversaciones no servirán para otra cosa, que para separaros de vuestra resolución de pasar vuestra vida en los ejercicios espirituales de la vida religiosa. Escuchad atentamente los buenos consejos que se os den, y nutrid con ellos vuestras almas. No escuchéis á los que hablan de cosas mundanas, ni tengais curiosidad por saber lo que otros dicen, ni asistais á las reuniones de personas poco espirituales, para que no se mofen ni murmuren de vosotros. Atended sólomente á lo que os es útil, hablad sólomente de lo que os es útil, responded sólomente lo que os sea útil. No tomeis nunca asiento en presencia de vuestros superiores, y si se os obliga á hacerlo, buscad un asiento más bajo. Si se os pregunta, responded en tono bajo y con modestia: si nada se os pregunta, guardad silencio. Cuando os sentéis, no habeis de cruzar las piernas, pues esta postura indica una falta de atención y un espíritu disipado. Si hablais á alguno que sea inferior á vosotros, y que os proponga alguna cuestión, no le respondais con altanería, deshonorando á Dios con el desprecio que haceis de vuestro hermano. En vuestras conversaciones no tengais para vuestros hermanos sino palabras de consuelo y de consideración. Alegraos en las buenas obras del prójimo, como si fuesen vuestras. Ocupad siempre el último puesto, y cuando esteis en la mesa, no movais impolítica-

¹ II Cor. 2-4.